

vencen de que no pudieron ser personas distintas Avellaneda y Alarcón.

Servirán de poderosísimos auxiliares á estas investigaciones la completa y erudita coleccion de comedias de nuestro poeta, ordenadas por el Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con aquel ingeniosísimo criterio que tanto le enaltece; y el discreto, bello y no menos ingenioso y erudito libro sobre *Alarcon* que escribió el señor D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe, perfecto modelo de bien imaginar y bien decir.

CAPÍTULO VIII.

Razones que hay para creer que el Avellaneda fué escritor americano, como Ruiz de Alarcón.

Que el autor del *Quijote*, publicado con el nombre del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, fué americano parece deducirse de las siguientes observaciones:

En el cap. VIII dice Sancho Panza: «¿Qué haré, pobre de mí? que estoy por irme desesperado por esos mundos y por esas Indias, y meterme por esos mares, entre montes y valles, comiendo aves del cielo y alimañas de la tierra, haciendo grandísima penitencia y tornándome otro fray Juan Guarismas, andando á gachas como un oso selvático, hasta que un niño de sesenta años me diga: «Levántate Sancho, etc.»

Este recuerdo tan espontáneo en el autor, y tan nada propio de un rústico de la Mancha, indica que el escritor que lo tuvo habia estado en las Indias Occidentales. Y si esta cita, más ó menos oportuna en los labios en que se pone, pudo ser casual, no merece ciertamente la misma calificación el siguiente recuerdo:

En el cap. XIII se hace exclamar al escudero de Don Quijote: «Si espero, dijo Sancho; pero tambien nos espera abajo una muy buena comida, y no es razon perderla ni hacer agravio de no comerla al cocinero cojo, mi grande amigo, que por su respeto me dijo denantes la ha

aderezado con la mayor elegancia y policía que pueden imaginar cuantas imágenes hay en las boticas y tiendas de todos los puntos del Nuevo Mando.»

Esto prueba que el Avellaneda conocía perfectamente la elegancia y policía de las imágenes que estaban en las tiendas del Nuevo Mundo. Seguramente nadie podía expresarse de tal manera á no haber visto lo mismo que decía.

Ya se ha visto que Cervantes creyó aragonés á Avellaneda, porque tal vez escribe sin artículos. Pues bien : esto que fué motivo de su equivocación al hablar de él en la segunda parte del *Quijote*, se hallaba y halla en muchos americanos. Los indios y la gente vulgar omiten muchas veces los artículos, costumbre que por el trato suelen seguir personas cultas. Lo mismo acontece á los indios de las islas Filipinas. Muchos proverbios y algunas frases pudiera citar ; baste este conocidísimo refrán : *Español fuego, indio agua ; agua mata fuego.*

En tal ó cual supresion de artículos en un escrito en prosa, parece muy natural que incurriese una persona recién llegada de América ; supresion que hubiese quedado sin extrañarse en una obra poética. Pero no son tantas las del *Quijote* de Avellaneda como algunos pudieran creer.

La que sí se encuentra con mucha frecuencia en este libro, es tratarse de impersonal las personas, cosa que notó Pellicer, deduciendo de aquí otra prueba de que el fingido autor tenía á Aragón por patria. Pero esta costumbre es más que aragonesa americana ; viene de nuestra manera de hablar á los fines del siglo xv y primer

tercio del xvi, los tiempos de la conquista : del mismo modo que conservan muchas frases de aquella edad los judíos de Marruecos, oriundos de los expulsados de España.

Tratarse de impersonal era costumbre de superior á inferior, y aún alguna vez hasta en són de desprecio (1).

Del primer caso nos da ejemplo el mismo Alarcón en su comedia *La Prueba de las promesas*:

El señor don Illán crea
Que será para servirle
Cualquier aumento que tenga.
—¿Ya me habláis de impersonal?
Presto el desengaño empieza.

Del segundo tenemos ejemplo en el *Rey valiente y justiciero y Ricohombre de Alcalá*, de Moreto :

—Mucho quiere al rey. — Sí quiero.
—Siéntese el buen Aguilera.
.....
Vuélvame á ver cuando vuelva :
Que me ha parecido, cierto,
Buen hombre el buen Aguilera.

Era también fórmula de desenfado soldadesco en aquella edad, lo que se prueba de la comedia de Montalbán *La Monja alférez*.

Sepa, señor soldado,
Que en esta fuerza es fuero ya sentado
Que paguen los bisoños.

(1) En un soneto de Cervantes se lee :

¿ Con quién habla ? le dice el tiracantos.
¡ Cuerpo de tal con él y su crianza !
Si limosna no alcanza,
¿ Qué es lo que suele hacer en tal querella ?

.....
 —Diga, ¿en qué se fia?
 Más barba, amigo, y menos valentía.

El mismo Alarcón, en *La Manganilla de Melilla*, pone estos versos entre el gobernador de la plaza y un sargento llamado Pimienta:

— Qué intento
Le obliga á locura igual?
 — Diga el señor general
 Si es injusto el fundamento.

Eso de tratarse de impersonal familiarmente, como *mire, oiga, perdone, déjese venir*, etc., se repite tanto y tanto en América, áun el día de hoy, que sólo el usarlo cualquier persona en España basta á acreditar que es nacida y criada en aquellas comarcas.

No una, ni dos, ni tres veces se encuentra esa manera de decir en el *Quijote* de Avellaneda, como desenfado de estilo en tal ó cual personaje, y tratándose de algun caso extraño. La repetición es tan frecuente que más que repetición es prodigalidad. Véanse algunos ejemplos:

(CAP. IV.)—«Señor don Quijote, *bien puede entrar..... baje, baje*, que todos son amigos.»

«Señor, *déme* esos cuatro cuartos.»

(CAP. VI.)—«¡Oh, señor! por el arca de Noé, le suplico que no me *diga* eso de morir.»

«Pues va determinado de matar ese melonero, *arrójeme* acá antes que parta, la bendición, y *déme* la mano para que se la bese.»

«¿*Parécele* que quedamos buenos?»

«*Tómese* esos perútanos que le han venido.»

«*Álcese*, pesia á la herradura del caballo de San Martín, y *mire* que tiene la cabeza llena de chichones.»

«¿*Quiere* que salgan..... cinco ó seis millones de hombres á caballo y acaben con nuestras vidas?»

«*Déme* la mano y *levántese*.»

(CAP. X.)—«Señor, ¿*qué hace*, que peor está que estaba?»

(CAP. XXVI.)—«¿*Piensa* que aquí no le entendemos?»

«Si no *quiere* creernos, *métanos* el puño en la boca, y *verá* si le mamamos.»

«*Dése* por vencido..... si no *quiere* que se nos suba el humo á las narices.»

«¡Comasión del pobre de Sancho, su leal lacayo y servidor! y *mire* la tribulación en que está puesto.»

«*Ruegue* á ese señor moro que me eche á aquellas partes en que más de mí se sirva.»

(CAP. XXXV.)—«*Haga* la cruz y *diga*: carta para Mari-Gutierrez..... Ahora bien, *digale* que con esto ceso, y no de rogar por su ánima.»

«¿Qué es lo que decís, Sancho (le dijo don Carlos)? áun no le habemos dicho cosa y ya decís: Con esto ceso.—*Calle*, respondió él, *que no lo entiende*. ¿*Quiere saber mejor que yo* lo que le tengo de decir?.... Pero *diga* que ya me acuerdo..... *Ciérrela*, respondió Sancho, y horro Mahoma.—Mal se puede cerrar, replicó don Carlos, carta sin firma; y así decid, ¿de qué suerte soleis firmar?—*Buen recado se tiene*, respondió Sancho: *sepa* que no es Mari-Gutierrez amiga de tantas retóricas.»

No cabe duda en que estas frases parecen escritas por un americano que todavía conservaba el habla y los recuerdos de su tierra. Alarcón habia venido á España en 1600 desde su patria Méjico, y tomó el grado de bachiller en cánones en la universidad de Salamanca, el día 25 de Octubre. Regresó á Méjico en 1608 y tornó á España en 1611. Por su edad y mayor tiempo de residencia en América, naturalmente habia de serle difícil olvidar ciertos giros de su patria, hasta que la frecuencia y trato con españoles, residentes siempre en donde mejor se hablaba la lengua castellana, fuesen extinguiendo en él lo que le hacia escribir la fuerza de la costumbre.

Alarcón, en su comedia *El Tejedor de Segovia*, recuerda

involuntariamente este giro americano. Están en la escena XII del acto primero hablándose Fernando y Garcerán, aquel de *usted* y éste de *vos*. De repente cámbiase el tratamiento, y dice Fernando:

—Esto que digo
Cumpliré.—*Su voluntad*
Me diga, y á cargo mio
Deje lo demas.

Y seguidamente dice:

Pues *calle*;
Y esta noche, prevenido,
Me aguarde en la enfermería.

Y luego termina llamándole de vos:

Sois noble, y creed que en mí,
Si son mis hados propicios,
No *echeis* menos á Fernando,
Si *me quereis* por amigo.

Baste lo escrito y observado para ilustrar este asunto.

CAPÍTULO IX.

El Avellaneda parece poeta dramático como lo fué Alarcón.

Que fué poeta, y poeta dramático, el escritor tordesi-
llesco, se descubre en la gran afición que muestra á lo
que al teatro se refiere, y en ver en todo y para todo ar-
gumentos y cosas propias de la escena.

«Como casi es *comedia* toda la historia de Don Qui-
jote, dice en el prólogo, he tomado por medio *entreme-
sar* la presente *comedia* con las simplicidades de San-
cho.» «Conténtese con su *Galatea* y *comedias* en prosa,
que eso son las más de sus novelas.»

«Con la cual pasó graciosísimos coloquios, y no pocos
entremesados con las simplicidades de Sancho», escribe
en el capítulo xxviii. «Les daría muy buenos ratos de
entretenimiento con tres interlocutores que tenía de lin-
do humor para hacer ridículos *entremeses*, de repente», se
lee en el xxxi. «Y con este *entremés* y no poca risa de
los que iban en el coche, llegaron á casa del Archipám-
pano» (capítulo xxxiii).

Avellaneda, como se ve, creía estar escribiendo una
obra dramática, más al componer el *Quijote*.

Y ¿qué pasa con Alarcón? En las suyas habla frecuen-
temente de comedias y de poetas cómicos, cosa á la ver-
dad no peculiar en él, pues otros autores dramáticos, sus
contemporáneos, hacían lo mismo. Y esto, ¿qué prueba?